

tras que el espíritu moderno ha construido su desesperación a partir de la fealdad y de la mediocridad» (citado por Lottman, pág. 500).

Camus sólo se sentía vivir plenamente en un país soleado hasta tal punto que, a menudo, la ausencia de sol provocaba en él un estado de depresión y de angustia en el que le resultaba imposible escribir, lo que le producía un sufrimiento insoportable. Sabiéndose hijo del sol, Albert Camus desarrolló su sensualidad de un modo rebelde: a pesar de su enfermedad, seguía nadando y exponiéndose al sol, y no ponía freno a sus actividades desbordantes antes de hallarse en el peor estado de salud. Por supuesto, su sensualidad se manifestó también en su vida amorosa. Se casó antes de los veintiún años y se separó dos años después al enterarse de las infidelidades de su mujer. Se volvió a casar a los veintisiete años y tuvo dos hijos gemelos. Su elegancia y su conversación hacían de él un hombre atractivo y seductor. Se daba aires de don Juan, sin duda para ocultar su sensibilidad romántica, y le gustaba cultivar la opinión de que era a la vez un rompecorazones y un misógino. Sin embargo, nunca podría prescindir de «la dulce y reservada amistad de las mujeres». Se sabe que su relación con la actriz española María Casares, empezada en 1944 (ella tenía veinte años), duró hasta el final de la vida de Camus, con una interrupción dolorosa que tuvo lugar en el momento de la liberación de París, cuando la esposa de Camus vino a reunirse con él después de haber vivido separados por la guerra. En varias páginas de su obra, Camus se plantea el problema de «amar a dos mujeres al mismo tiempo». Además, cabe reproducir un fragmento del diario, fechado en 1944, que versa sobre el amor a las mujeres: «Aquellos que aman a todas las mujeres son aquellos que van camino de la abstracción. Superan este mundo, pese a las apariencias. Pues se apartan de lo particular, del caso singular. El hombre que huiría de toda idea y de toda abstracción, el verdadero desesperado, es el hombre de una sola mujer. Por empeño en ese rostro singular que no puede dar satisfacción a todo» (citado por Lottman, pág. 411).

Machista, como buen mediterráneo y en el mejor sentido de esta palabra (es decir: poseedor de una virilidad que matizan y enriquecen la sensibilidad y la inteligencia), Albert Camus buscó en el mito de don Juan, más allá de un modelo de conducta erótica, un modelo de comportamiento, «símbolo y norma de vida» (pág. 284). Su biógrafo hace notar que «don Juan era por supuesto uno de sus temas favoritos y recurrentes» (pág. 300). Tal interés por este mito se revela además como un síntoma de la rebeldía intrínseca al carácter sensual de Albert Camus, que no aceptó conformarse con un estado monogámico. Pero más allá de esas manifestaciones, la rebeldía reviste, en el pensamiento y la obra de Camus, la dimensión de un concepto clave de su filosofía.

«¡Póngase en la primera fila con los más rebeldes!» (citado por Lottman, pág. 53). Esta fue la primera frase que el profesor de filosofía Jean Grenier dirigió al alumno Albert Camus en 1930, y esas palabras provocadoras suenan a profecía, pues Camus llegó a ser escritor y pensador «de primera fila» precisamente porque supo mostrarse rebelde y heterodoxo.

La rebeldía de Albert Camus aparece como el resultado de una búsqueda metafísica que ocupó al escritor durante toda su vida. En su origen está el terror. «Me parece indiscutible que vivimos en el mundo del terror» (citado por Lottman, pág. 447), apunta

Camus en una conferencia del año 1946. En una serie de artículos fundamentales titulados «Ni víctimas ni verdugos», aparece como una evidencia que: «En esta era de terror, los hombres como él, que rechazan a la vez los sistemas ruso y americano, que rechazan un mundo en el que se legitima el asesinato, son hombres sin patria» (pág. 451). A la vista de estas circunstancias, Camus afirma haber elegido «combatir el silencio y el miedo, defender el diálogo» (citado por Lottman, pág. 451), y, desde luego, luchar por la abolición de la pena de muerte. Asimismo afirmaba que «si el que peca por optimismo en cuanto a la condición humana es un loco, el que desespera es un cobarde» (*ibid.*). Su biógrafo comenta diciendo que «la postura de Camus era una postura difícil de mantener» (pág. 454).

El terror, pues, es algo que se impone al ser y provoca la rebeldía de un hombre que se halla en legítima defensa. También el hecho de reflexionar sobre el terror desemboca en una actitud rebelde, pero esta vez necesita de un tercer término: el absurdo. El absurdo equivale a la toma de conciencia que el hombre vive sumergido en una tensión entre su deseo de felicidad humana y la situación de desorden e injusticia de un mundo que imposibilita la dicha. El sentimiento del absurdo da nacimiento a una reacción de rebeldía: «Aceptar lo absurdo de todo lo que nos rodea es una etapa, una experiencia necesaria: no debe convertirse en un callejón sin salida. Suscita una rebeldía que puede ser fecunda. Un análisis del concepto de rebeldía podría ayudar a descubrir nociones capaces de devolver a la existencia un sentido relativo» (citado por Lottman, pág. 433). La sucesión cronológica de las obras de Camus, que tratan primero del absurdo y después de la rebeldía, corrobora el esquema conceptual anterior.

Culmina la obra de Camus en su ensayo titulado *El hombre rebelde*, en el que trabajó durante nueve años enteros, y que salió a la luz en 1951. Este libro trataba de realizar «el estudio en profundidad, a lo largo de la historia, de las teorías y formas de rebeldía con la esperanza de descubrir por qué se pervertían los ideales (...) para trazar a continuación las vías auténticas de una rebelión necesaria contra nuestro destino, en la que el crimen —aun legítimo, aun santificado por el Estado— quedara rigurosamente excluido» (pág. 531). En este ensayo, Camus hizo la descripción apologética de «una rebeldía inspirada en aspiraciones individuales, no en la doctrina marxista, y que no llevaba inevitablemente al universo estalinista de los pelotones de ejecución o los campos de concentración» (pág. 539). La rebeldía, en la opinión de Camus, no implica la revolución, pero la revolución fracasa cuando se imagina poder prescindir de una norma moral o metafísica capaz de equilibrar el delirio de las multitudes.

El hombre rebelde fue sin duda el menos comprendido de los libros de Albert Camus, y el que motivó la más grande cantidad de críticas negativas e injustas. El ataque más grave fue que Camus «se había lanzado a la aventura con bases filosóficas insuficientes» (citado por Lottman, pág. 563). Esa crítica la lanzaron Sartre y su grupo pero aún peor para Camus resultó el comprobar que hasta sus compañeros de trabajo en la editorial Gallimard «daban la razón a Sartre» (pág. 564). Casi todos parecían haber olvidado que Albert Camus había estudiado la carrera de filosofía lo mismo que el propio Sartre. Lo que no se perdonaba a Camus era sin duda que fuese un «poeta» además de ser un buen filósofo. Su análisis de la rebeldía y su propio comportamiento

de rebelde lo diferenciaban, evidenciaban su carácter mediterráneo incomprensible por hombres del Norte, que le envidiaban su fama y su general éxito.

De hecho, la ruptura entre Camus y Sartre se produjo como consecuencia de la publicación de *El hombre rebelde*. A decir verdad, los dos escritores habían sido amigos en el París de fines de la segunda guerra mundial, pero su amistad parecía limitarse al común gusto por las diversiones nocturnas, fiestas y borracheras. Camus señalaba en una entrevista (en 1945): «Sartre y yo nos extrañamos siempre al ver asociados nuestros nombres» (citado por Lottman, pág. 433). Reafirmaba asimismo: «No soy existencialista». Más tarde, aportará otra precisión: «El existencialismo es, ante todo, un método. Las semejanzas que generalmente se aprecian entre los trabajos de Sartre y los míos provienen naturalmente de la suerte o la desgracia que tenemos de vivir en una misma época y frente a problemas y preocupaciones comunes» (págs. 515-516). Finalmente, fue Sartre quien provocó la ruptura, al publicar en su revista una crítica hostil a *El hombre rebelde*. Invitado a contestar a este artículo, Camus redactó un texto lleno de amargura y de ironía hiriente. Sartre, en su respuesta, adoptó el mismo tono y, además, usó algunos argumentos de mala fe. Este incidente resultó sumamente desagradable para Camus porque era inesperado. Su biógrafo apunta que: «Afortunadamente, al menos una parte de sus lectores recibieron el mensaje: los sindicalistas revolucionarios, los anarquistas (tanto en España como en Francia); la izquierda no comunista despreciaba a los estalinistas y a los que en aquella época hacían la apología del estalinismo —entre los que se puede citar a Sartre» (pág. 551).

Para Camus, ejercer su oficio de escritor consiste en «añadir algo a la creación (...) mientras otros trabajan en su destrucción. Es este esfuerzo, largo, paciente y secreto, lo que realmente ha hecho avanzar a los hombres desde que tienen una historia» (citado por Lottman, pág. 536-537). Esta definición va complementada por la siguiente afirmación: «No basta con criticar la propia época, hay que tratar también de darle una forma y un porvenir» (pág. 568).

La filosofía de Albert Camus equivale a un profundo humanismo y no se le perdonó al filósofo el haber puesto coherencia entre sus escritos, sus ideas, sus compromisos y su comportamiento privado. Con palabras sencillas, Camus resume su pensamiento y su vida: «Debemos servir a la justicia porque nuestra condición es injusta, contribuir a la felicidad y a la alegría porque este universo es desdichado. Por lo mismo, no debemos condenar a muerte puesto que nosotros mismos estamos condenados a muerte» (citado por Lottman, pág. 420). Tampoco carece de lucidez en cuanto al contexto en el cual el artista está obligado a actuar: «Las tiranías, como las democracias adineradas, saben que para reinar hay que separar el trabajo y la cultura. En lo que respecta al trabajo, la opresión económica es casi suficiente... En lo que respecta a la segunda, la corrupción y el escarnio cumplen su función. La sociedad mercantil cubre de oro y privilegios a los bufones decorados con el nombre de artistas y los impulsa a todo tipo de concesiones» (citado por Lottman, pág. 583). El tono de este fragmento de carta, fechado en 1953, nos recuerda unos versos de Félix Grande en los que Horacio Martín¹ define a

¹ Sin duda discípulo secreto de Albert Camus: éste será el tema de un próximo ensayo nuestro.

los poetas verdaderos diciendo: «A los serenos les llamamos cómplices/ cualquier concesión nos infama/ y apostrofamos al olvido»².

En los últimos años de su vida, la rebeldía de Albert Camus le impuso un aislamiento que el escritor analizó y del que extrajo fuerzas para seguir su trabajo: «Existe una soledad que hay que aceptar, con la que durante años me he enfrentado porque todo lo que separa me horroriza, con la que todavía me enfrento, pero que es inevitable a partir de un determinado nivel de exigencia. Nos gustaría ser amados, reconocidos por lo que somos, y por todos. Sin embargo, es un deseo adolescente. Tarde o temprano hay que envejecer, aceptar el ser juzgado, o condenado, y recibir lo que pertenece al dominio del amor (deseo, ternura, amistad, solidaridad) como dones inmerecidos. La moral no nos ayuda en absoluto. Sólo la verdad... es decir, el esfuerzo ininterrumpido por alcanzarla, la decisión de proclamarla cuando la captamos a todos los niveles, y de vivirla, en el sentido, en la dirección de la marcha. Pero en una época de mala fe aquel que no quiere renunciar a separar lo verdadero de lo falso está condenado a una especie de exilio. Al menos sabe que este exilio supone una reunión presente y futura, la única válida, a la que debemos servir» (citado por Lottman, pág. 622).

El pensamiento de Camus da muestras de esta belleza moral y trágica que él mismo apreciaba en sus modelos mediterráneos y antiguos. Su obra sigue siendo una obra inacabada pero completa; abierta, por tanto, a sus discípulos y seguidores y, desde luego, una obra en vida. Albert Camus pensaba que «un mundo en donde ya no hay sitio para el ser, para la alegría, para el ocio activo, es un mundo que debe morir». Sin duda, no ignoraba Camus que este mundo estaba muriendo y que unos escasos artistas, de los que él formaba —y sigue formando— parte, estaban —y están— edificando el mundo futuro, dando resueltamente la espalda a un mundo muerto a fuerza de haber permitido el triunfo de las muertes sobre las vidas. La existencia de Camus —que Herbert R. Lottman relata con precisión y generosidad—, y de la que su obra forma parte, contiene algunos de los principios básicos con que construir el mundo presente capaz de dar nacimiento al mundo de mañana, lleno de todos los soles y todas las rebeldías, de todos los besos y todas las fragancias de lo humano verdadero.

Verónica Almáida Mons

² Biografía, *Félix Grande*, *Anthropos*, 1986, pág. 276.